

Categoría: Relato corto
Título: EL CARRO DE HENO
Edad: 58 años
Seudónimo: WHITMAN

Domingo, 25 de febrero.

Hoy no he ido al museo. He pasado el día pintando, alternando tres cuadros a la vez. Casi diez horas seguidas. La música de Wagner me ha puesto en marcha desde temprano. Sólo he salido a primera hora a comprar los periódicos y el pan. Suerte: nadie por la calle, ningún hombre se ha metido con mi pecho. Por la tarde me ha visitado Martina, que sigue igual de deslenguada: dice que me lo tengo que comer directamente, que él no va a atacar nunca porque tiene pinta de ser tímido; que no sea más tonta, que con esta delantera puedo conseguir lo que quiera. A Martina le gusta mucho el cuadro grande; el colorido y la textura le parecen magníficos. Si logro que me lo cuelguen en la exposición colectiva y lo vendo, casi tengo ya para la operación. He recibido carta de madre, que sigue sin enterarse de que existe el correo electrónico: me manda unas fotos del pueblo para que no se me olvide, dice, y para que las tome de modelos si me decido a pintar cosas como Dios manda. Quiero ir, pero ahora estoy sin blanca. Mañana tengo que comprar trementina, amarillo cadmio y carmín de garanza.

Lunes, 26 de febrero

He estado en el museo. El de seguridad está otra vez en el turno de mañana. Con la mirada me desnuda, es demasiado descarado. Ha visto muchas películas éste. Pero conmigo no tiene nada que hacer, por muy cachas que esté. He vuelto a plantarme todo el tiempo delante del "Carro de heno", del Bosco: me fascina este cuadro. Cuando menos lo esperaba ha llegado "mi" cicerone con un grupo. Se ha parado ante el mismo cuadro y lo ha desmenuzado a conciencia. No ha dejado de mirarme, pero de forma tímida, no como el bruto de seguridad; además me mira a los ojos, no al pecho; por eso me gusta. No sé si se habrá dado cuenta de cómo me ha puesto su mirada. Le he escuchado con disimulo y he aprendido más sobre esta obra: se trata de una alegoría de lo efímero que son los bienes y placeres materiales y de lo fugaz que es todo en este mundo. Propósito para mañana: seguir el consejo de Martina, así que lo abordaré y le haré alguna pregunta sobre el cuadro: tengo que hacerlo. Las pinturas han subido de precio. Y con lo que estoy empastando últimamente me van a salir los cuadros por un ojo de la cara. No me acostumbro a la vorágine de la capital, aunque diga lo contrario. ¿Será que echo de menos el campo y por eso me quedo extasiada con el "Carro de heno"? Dejo la cuestión por el momento, que no tengo ganas de analizarme. Lo que sí tengo claro es que necesito soledad. Y la tengo, porque la loca de Martina no deja de ser prudente y no abusa de mi hospitalidad. Las reuniones de los viernes en el café me agradan, sobre todo esa mezcla de poetas y pintores, cada uno con su rollo. Pero últimamente siento que me falta algo. ¿Será el cicerone? Pero bueno, ¿me voy a obsesionar porque me falta un año para los treinta y no tengo ningún plan de familia, como dice madre? De ninguna manera.

Martes, 27 de febrero

No me he topado con el cicerone, día perdido. He acabado el cuadro mediano. Creo que puede impactar. No tengo ganas de escribir.

Miércoles, 28 de febrero

¡Lo hice, lo hice! Hoy sí estaba en su sitio. Me he ido derecha para él y me he presentado. Al principio, con los nervios, nos hemos dado la mano y hablado de usted, ¡qué ridiculez! Se llama Adrián. De cerca sus ojos penetran aún más. Estudió también Bellas Artes y la tesina la hizo sobre el Bosco. ¿Mera casualidad? No, no, no... El tema del "Carro de heno" se basa, según él, en un versículo del profeta Isaías: "Toda carne es como el heno y todo esplendor como la flor de los campos. El heno se seca, la flor se cae". El carro simboliza la felicidad terrena y material; a él se quieren subir todos, por eso están representados en la pintura los distintos estamentos sociales: reyes, nobles, obispos, clérigos, monjas, pueblo llano, clases bajas... Las clases poderosas se ven a la izquierda, detrás del carro, montados a caballo y con una actitud serena y relajada, sin duda porque no tienen ninguna dificultad a la hora de coger del carro su porción de heno, equivalente a su parte de bienes materiales, de dicha terrenal. Sin embargo el vulgo no tiene esta facilidad, y está representado delante del carro luchando por su parte, para lo que se empujan, se pegan e incluso llegan a matarse. Todo esto me lo ha explicado enfrente del cuadro, cogiendo de vez en cuando mi brazo con una de sus manos mientras con la otra señalaba algún detalle. Yo me hubiera quedado horas escuchándole, pero tenía que recoger a un grupo de alemanes y ha tenido que marchar. Me ha propuesto explicarme bien el cuadro el viernes, que no tiene ningún grupo pero ha de

ir al museo de todas maneras. Yo he hecho como que tenía que consultar mi agenda y le he dicho que era complicado, pero que casi seguro podría arreglarlo. Así he provocado que nos intercambiamos los números de teléfono. Me he vuelto a casa andando; hoy era una lástima enterrar mi gozo en el metro con el día tan luminoso y cálido que ha hecho. La contrapartida ingrata es que por el calor me he quitado el chaquetón y llevaba debajo una camiseta estrecha que me ha resaltado la silueta, por decirlo fino. Con la emoción me había olvidado de mi pecho monstruoso y me lo ha recordado la procesión de mirones y sátiros con los que me he ido cruzando. Pero casi no me ha importado. En seguida he considerado la situación desde el lado positivo: he conocido a un hombre encantador, que me mira a los ojos y no al pecho, que tiene intereses comunes a los míos y con el que he concertado una cita; que le den por ahí a los insolentes y a los descarados. Al llegar he llamado a madre. Está a punto de venderse la finca que quedó del tío Andrés. La falta de padre, y después del tío, la han dejado derrotada. Si aceptara venirse conmigo una temporada se le disiparían algo las penas. Pero siempre tiene algo inaplazable que hacer en el pueblo, un pueblo en el que han desaparecido todas las personas de su vida. He almorzado temprano y me he puesto a pintar, otra vez con el recuerdo de la mirada limpia y de la voz templada de mi cicerone. He dado por terminado los otros dos cuadros que tenía entre manos: esto de sentirse dichosa facilita mucho la inspiración. Hoy no ha aparecido ni llamado Martina: nada bueno debe estar tramando. Me voy a la cama con ganas de amor, yo me entiendo.

Jueves, 1 de marzo

Al final llamó Martina anoche cuando ya me había acostado. Había estado todo el día de abogados por lo del accidente que tuvo. Cuando se lo conté se le olvidó lo suyo y pasó directamente a la estrategia: que el mismo viernes tengo que acabar "dándole a catar la dulzura de mis dos cántaros de miel". Por lo menos no lo dijo a lo bestia, porque menuda la gracia que me hace que me recuerden mi pecho descomunal. Pero le voy a hacer algo de más caso a madre, que siempre me ha aconsejado ir despacito en estos asuntos, ella dice que si no se espantan los hombres. He ido a depilarme y a hacer algunas compras. He limpiado a fondo y ordenado el apartamento, por si acaso. No me ha quedado tiempo para ir al museo. Llamada de Martina a mediodía: que no lo deje escapar, que del museo tengo que salir con él para comer juntos, y luego Dios dirá. Hoy no he pintado, he dedicado la tarde a descansar y me he relajado, con el sobresalto de otra llamada de Martina para decirme que no lo vaya a hacer a pelo. Mira qué prudente ella, a la vejez. Mañana es el día.

Viernes, 2 de marzo

Mensaje en el móvil de Adrián: "Imposible vernos, problema familiar". Ya me parecía a mí que estaba saliendo todo muy bien. Está claro que se ha arrepentido y que es una excusa; culpa mía por habérselo puesto tan fácil. Las posibilidades: 1. Está comprometido y no quiere complicarse la vida. 2. Le da vergüenza que lo vean con una mujer tan pechugona. 3. Es gay. Tras el palo me he repuesto y me he marchado al museo, que era lo previsto: no voy a cambiar mi vida por un desconocido sin palabra y sin valor, eso es lo que me dije. Después, ante el cuadro, he pensado que ahora mismo en mi vida mi porción de heno, mi ración de felicidad material, es Adrián. Pero no tengo que pisotear ni degollar a nadie, sino actuar con frialdad, esperar, no llamarlo ni ir en su busca. Algún interés debe tener por mí, aunque sea sólo artístico. No he tenido ánimo para ir al café.

Sábado, 3 de marzo

No ha llamado.

Domingo, 4 de marzo

No ha llamado. He dispuesto cinco lienzos. Tengo las cinco pinturas en la cabeza. Éstas van a salir adelante con Schubert. Acabaré el último de ellos con el fondo de su Sinfonía Inacabada. ¡Cómo me pone la música! ¡Cómo me pone la voz de algunos hombres, ahora de un hombre! ¡Mierda!

Lunes, 5 de marzo

Madre ha llamado temprano: se ha apalabrado la venta de la finca del tío Andrés. Me ha dicho que con lo que coja por la parte suya me pagará la operación del pecho, aunque vaya contra la ley de Dios. He colgado y he llorado, me he desbordado llorando. Me hacía falta. Te quiero, madre. Perdóname, madre. Te juro que me vas a ver pronto. Ha venido Martina a llorar y he vuelto a llorar con ella. Dios, cómo putean los hombres. Pero los tiene que haber de otra clase. ¡Y qué consolador es llorar una tarde entera!

Martes, 6 de marzo

Yo tengo que vivir mi vida, nadie me la va a condicionar. Por eso he ido al museo y me he vuelto a refugiarme en mi cuadro alegórico. El color gutagamba del heno va a ir en mis nuevos cuadros, ya lo creo, aunque no sé por qué, pero va a ir. Esto es lo bueno de ser artista, los sentimientos priman sobre los

razonamientos. Me gusta, en este momento, ese color, y punto. Me llama la atención, en la parte de la derecha, abajo, el grupo de monjas que acopian heno, al lado de un fraile sentado con un vaso en la mano, se supone que de vino. Se le ve orondo y satisfecho, como el padre Domingo, el amigo de padre, ¡valiente vividor! Y en la parte central, también abajo, me secuestra la mirada ese hombre que en su lucha por su porción de heno está degollando a otro hombre. Está bien colocado, aunque no quieras la vista se te dirige al horrendo crimen. Los cinco lienzos ya están cubiertos; ahora vendrá la concreción, atacaré con colores puros, con empastes agresivos, es lo que me apetece. Sin embargo el Schubert que deseo es el melancólico, el de los últimos años. No quiero preguntarme ningún porqué.

Miércoles, 7 de marzo

Otra vez estaba equivocada: ni tiene pareja, ni le espantan mis tetas ni es marica; simplemente era verdad que tenía un problema familiar: en concreto su abuelo, que lo tuvieron que llevar urgente al hospital y que murió el lunes. Con las prisas del ingreso extravió el móvil y no me pudo llamar. Esta mañana estaba en la escalinata del museo sentado esperándome, vestido más informal que otras veces y con cierta cara de desolación que me ha enternecido. Casi llora al decirme lo de su abuelo, al que estaba muy unido, y a mí me han entrado unas ganas muy fuertes de abrazarlo y apretarlo contra mi pecho. Me ha pedido disculpas por su desaparición de estos días, y me ha propuesto, clavando sus ojos en los míos, que recuperemos el tiempo perdido. Me ha convidado a almorzar en una tasca que conoce detrás del Palace. Tenía que hacer unas gestiones y hemos quedado allí a las dos y media. Mientras, he venido a casa para aprovechar el rato pintando, pero lo que he hecho ha sido tirarme en la cama para soñar despierta. Me he maquillado algo y me he puesto una blusa amplia: no quiero que me mire más que a los ojos. Hoy lo he visto más decidido, muy seguro de sí mismo. Parecía que lo conocía de siempre, aunque sólo hemos hablado dos veces. ¡Dios, qué ganas tengo de volver a verlo! ¡Qué cosquillas me recorren por el cuerpo! ¿Qué es esto? Me voy ya para la tasca, iré caminando para hacer tiempo y que se me quiten los nervios. A la noche me contaré lo que ha pasado.

Viernes, 20 de abril

Casi mes y medio sin escribir en el diario. ¿Y por dónde empiezo ahora? Nos creemos que vamos pasando por la vida y de pronto, sin aviso alguno, es la vida la que nos pasa por encima, nos propina un golpe que nos deja sin control durante un tiempo. El mismo día que fui a comer por primera vez con Adrián sonó, ya por la tarde, el teléfono de madre. Pero no era ella, no podía ser porque acababa de morir de un infarto fulminante. Ahora mismo me es imposible describir la sucesión de sentimientos que me han asediado el alma desde aquel momento. Rabia, ira, tristeza, sensación de injusticia, soledad, desesperación, angustia, agradecimiento, culpa, serenidad... todos han ido pasando por mí, sustituyéndose unos a otros en un carrusel de conmociones que no ha dejado libre mi mente ni un instante. Pobre madre, se le acabó la vida de improviso. No estaba mal, salvo sus achaques. Yo la habría convencido de que se viniera a Madrid, y habría conocido a Adrián, y le habría agradado, tan educado y tan cariñoso conmigo, y a él le habría encantado ella, tan auténtica y tan noble, y también habría hecho buenas migas con Martina, aunque sean tan diferentes, y se habría llevado la alegría de su vida cuando yo le hubiera dicho que ya no me operaré, porque Adrián ha hecho el milagro de congraciarme con mi cuerpo, con mi pecho, del que gozamos los dos juntos, y habría disfrutado con la venta de mi primer cuadro, aunque no entendiera que alguien en su sano juicio quiera colgar una pintura así en su casa, y yo le habría transmitido que ella me hacía falta, que ella era lo que de verdad echaba de menos en la gran ciudad: su presencia, su antigüedad, sus admoniciones, su entrega, su dulzura pueblerina, su disposición, sus manos, sus llantos, sus suspiros... Y la habría llevado al museo, a que viera las inmaculadas y los niños de Murillo y los bodegones de Meléndez, y también el "Carro de heno"; y se lo habríamos explicado entre los dos, entre Adrián y yo. Y ella habría comparado los colores del cuadro con los colores de los campos donde vivió, incluso habría encontrado parecidos entre los viciosos personajes que ideó el Bosco y los paisanos ya desaparecidos del pueblo, y más y más cosas que hubieran podido suceder pero que ya nunca ocurrirán porque, como dijo el profeta Isaías, "el heno se seca, la flor se cae", igual que se caen los padres, que cuando menos lo esperamos se van de este mundo para que se cumplan las leyes inexorables de la naturaleza. Hoy he vuelto al café, con los pintores y los poetas. Les he presentado a Adrián.